

# Históricas Digital

James Creelman

*Díaz, jerarca de México*

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## V

## DESAFÍO AL DICTADOR SANTA ANNA

Entre tanto, México siguió padeciendo la agonía y la degradación de muchas revoluciones. Santa Anna, cuyas disparatadas y egoístas excen- tricidades provocaron que el Congreso lo desterrara en 1845, regresó al país en 1846 y asumió el mando del ejército desmoralizado en la gue- rra contra los Estados Unidos, país que había integrado a Texas como su estado mientras el territorio aún era reclamado por México. Las primeras tropas enviadas contra los Estados Unidos se rebelaron y su general, Paredes, incluso tenía planes para entregar la república agitada y en quiebra al príncipe español, don Enrique. Paredes fue vencido y desterrado. Entonces Santa Anna se hizo cargo del ejército y entregó el gobierno a Gómez Farías, quien con objeto de conseguir fondos para la guerra, confiscó parte de los bienes de la Iglesia. Como consecuencia, hubo otra revolución y luchas salvajes en las calles de la capital, a las que puso fin Santa Anna, quien de nuevo tomó el control supremo, renunciando esta vez a favor del abogado Peña y Peña.

Cuando el ejército de los Estados Unidos, encabezado por el gene- ral Scott, avanzó desde la costa atlántica hacia el valle de México —los soldados estadounidenses en realidad jugaron béisbol en Orizaba con

la pata de palo de Santa Anna— e izó su bandera en el Castillo de Chapultepec el 14 de septiembre de 1847, el poder de Santa Anna se eclipsó por el momento. Hecho prisionero por el ejército texano en 1836, básicamente acordó reconocer la independencia de la pequeña república como precio de su propia libertad. Ahora bien, cuando su país, aplastado por los invasores estadounidenses, entregó 522 568 millas cuadradas de territorio en el tratado Guadalupe Hidalgo, incluido el gran dominio de California, donde acababan de descubrir oro, el aventurero vencido y desacreditado se había ido de México, habiendo intentado primero establecerse en el estado de Oaxaca, en cuya capital no fue admitido por el gobernador Juárez.

Pero ése no fue el final de Santa Anna. Los complots, levantamientos, revoluciones siguieron irritando al país y sangrando la riqueza y la fuerza de éste. Cabe recordar que en los 47 años que transcurrieron entre 1821 y 1868, la forma mexicana de gobierno cambió diez veces y en ese periodo de independencia nacional hubo unas 300 revoluciones o revueltas fructíferas e infructuosas, para no hablar de que al menos cincuenta personas diferentes ocuparon el poder ejecutivo como presidentes, dictadores, emperadores o regentes. De ese modo, cuando el general Herrera fue elegido presidente en 1848, y lo sucedió en forma pacífica el general Arista, elegido en 1851, hubo más proclamaciones y complots revolucionarios y un levantamiento en Guadalajara, al que siguió en 1853 la renuncia de Arista —a quien desterraron inmediatamente cuando el incalificable Santa Anna regresó a México— y, después de que Juan B. Ceballos y el general Lombardini no pudieron mantener el orden, Santa Anna volvió en respuesta al llamado de los funcionarios conservadores, los obispos y sacerdotes, y se convirtió en dictador declarado y absoluto, con el título de “Su Alteza Serenísima”.

El dictador apresó a Juárez, que se había retirado de la gubernatura de Oaxaca, y lo mandó a las mazmorras de San Juan de Ulúa, llamó a México a los jesuitas desterrados, se hizo de efectivo al vender a los Estados Unidos 45 535 millas cuadradas del país en la frontera de Sonora por un monto de \$10 000 000 y autorizó a Gutiérrez Estrada —el famoso senador que en 1840 se vio obligado a huir de la furia popular cuando

propuso un reino mexicano— a irse a Europa y negociar de hecho la venta de la soberanía de México.

Parecía como si la república fuera a perecer, y la abierta oposición al dictador, quien contaba con el respaldo del ejército, la aristocracia y la Iglesia, la castigaban con la cárcel o la muerte. En 1854 sólo existían dos ferrocarriles pequeños en el país, que apenas cubrían quince millas, y las alcabalas sofocaron todos los intentos por desarrollar el comercio interior. La Iglesia, con sus enormes ingresos, y los grandes terratenientes apoyaban a Santa Anna, quien tenía al ejército en sus manos y la erogación de más de \$19 000 000 del ingreso nacional, para no hablar de los \$10 000 000 que pagarían los Estados Unidos por la espléndida entrega territorial con la que se formaron Arizona y Nuevo México. Europa se rio del pésimo final del experimento republicano, con cuya protección los Estados Unidos habían amenazado a la Santa Alianza en la Doctrina Monroe.

No obstante, seguía vivo el nervio moral de México. Aunque los coroneles, obispos y monjes aclamaban la semimonarquía de Santa Anna, lo que hubiera sido una broma monstruosa de no ser por sus persecuciones sangrientas, se proclamó una revolución en la población de Ayutla, estado de Guerrero, y en el sur la lucha contra el dictador fue encabezada por el general Juan Álvarez. Éste fue el inicio formal de la lucha armada final entre la Iglesia y el Estado, pero su objetivo inmediato era derrocar a Santa Anna. Álvarez fue uno de los héroes de la guerra de independencia. Era indígena puro, como Juárez, y sus seguidores también eran indígenas. En las montañas de Guerrero, al norte de Oaxaca, sus gallardas incursiones guerrilleras alentaron las esperanzas de todos los liberales oprimidos.

Los aterrados patriotas compadecían a Álvarez, pero pronunciaban su nombre en voz baja. Si se sabía que alguien simpatizaba con él, significaba el encarcelamiento instantáneo y tal vez la muerte. Los espías de Santa Anna estaban por doquier y el propio Santa Anna, con una ira feroz, inició una campaña militar contra los rebeldes.

De improviso, en diciembre de 1854, el dictador decidió hacer una farsa de votación popular, a fin de darle apariencia de legalidad a su poder, y ordenó un plebiscito, aunque se sobreentendía que nadie po-

dría votar por alguien que no fuera Santa Anna, so pena de poner en peligro su vida.

En esa época fue cuando Porfirio Díaz, que contaba con 24 años de edad, mostró lo que valía.

El día de la votación que iba a confirmar a Santa Anna como dictador, el director del Instituto donde Díaz trabajaba como profesor de leyes suplente en Oaxaca —Juárez había escapado del calabozo y huido a Nueva Orleans— pidió a todos los profesores que fueran en bloque al palacio y votaran por Santa Anna. Díaz rehusó aceptar esta degradación.

Sin embargo, acudió solo al palacio situado a un costado de la plaza, frente a la catedral. Fue una escena que bien podría haber intimidado al más valiente. La plaza se veía brillante con las tropas concentradas. Los cañones cargados estaban colocados en las esquinas. Los soldados con las bayonetas caladas custodiaban todas las calles que desembocaban en la plaza y el pueblo acobardado miraba en silencio y de lejos el acero relumbrante.

En el vestíbulo del palacio había una plataforma elevada cubierta con un lienzo carmesí y sobre una mesa tenían un libro enorme, donde se pedía a los votantes que escribieran su nombre y el candidato que escogían. Aquí estaban los oficiales de Santa Anna, con rostro grave y vigilante; había un silencio curioso que combinaba con el rostro severo, frío del general Ignacio Martínez Pinillos, gobernador y comandante militar de Oaxaca, que presidía los comicios.

El joven Díaz examinó con sumo interés el espectáculo que no presagiaba nada bueno. Para entonces ya había desarrollado la espalda ancha y una amplia caja torácica. Su mentón cuadrado denotaba su espíritu combativo, su mandíbula tenía una gran fuerza trituradora y mantenía la cabeza en un grado de inclinación que le imprimía una actitud agresiva y alerta. Sus ojos inquisitivos se veían más brillantes y negros que nunca, y respondían con sensibilidad al temblor ocasional de sus fosas nasales delgadas y anchas. Ha confesado que ese día fue al antiguo palacio de piedra con la esperanza de que durante la votación simulada ordenada por el tirano sucediera algo que provocara un levantamiento armado, donde él pudiera dar un golpe.

En ese momento uno de sus vecinos, don Serapio Maldonado, apareció y anunció que, como representante de todos los residentes en su división de la ciudad, que incluía al mismo Díaz, votó por Santa Anna como dictador supremo. Díaz protestó de inmediato e hizo que retiraran su voto basándose en que no quería ejercer su privilegio.

Por la calle, al otro lado de la plaza, entre las tropas y el cañón, entraron los profesores del Instituto (donde Juárez, Pérez y otros patriotas ahora en el exilio habían despertado en el alma de Díaz la conciencia de los errores cometidos por su país) a la sombra del palacio, subían a la plataforma carmesí, hacían una reverencia humilde frente al gobernador de gesto frío y escribían sus nombres a favor de Santa Anna.

Díaz se mantuvo alerta y observaba a sus compañeros serviles, con las mejillas coloradas y los ojos encendidos. Nadie se atrevía a levantar la voz contra el corrupto y sangriento usurpador que obligó a Juárez y Pérez a ser fugitivos e incluso buscaba dar muerte al heroico general Álvarez y a su ejército de indígenas montañeses medio muertos de hambre, que eran los únicos defensores de la república.

Mientras el joven patriota miraba, el profesor de Encisco volteó y le preguntó por qué no votaba. Díaz respondió que el voto era un derecho que podía ejercer o no, según lo decidiera. “Sí —gritó el profesor— uno no vota cuando tiene miedo”.

Apenas había pronunciado la pulla, cuando Díaz tomó la pluma que le ofrecía, se abrió paso entre la muchedumbre, avanzó hacia la mesa de votación y, sin dudarle un instante, anotó el nombre del general Álvarez, líder de la rebelión contra Santa Anna. Antes de que los subordinados oficiales del dictador se dieran cuenta de que ante sus ojos un joven de 24 años había desafiado deliberadamente a su patrón, Díaz desapareció del palacio.

Se decidió que el joven oaxaqueño había cometido un delito grave, y ocurrió que un zapatero, al cruzarse con Díaz en el jardín público, le avisó que habían dado órdenes de arrestarlo. Mientras la policía lo buscaba, consiguió un par de pistolas en la casa del exiliado Pérez. El joven sirviente le trajo el caballo, las pistolas y un machete. Luego llamó a un conocido y terrible bandido, de nombre Esteban Aragón, que alguna vez le había propuesto en secreto un plan de revolución; con

la sola compañía de este hombre que robó un caballo para el viaje, el estudiante que se había atrevido a desafiar públicamente a Santa Anna en medio de sus asalariados armados salió a caballo de su ciudad natal hacia las montañas mixtecas. La sangre indígena bullía en sus venas cuando se marchó precipitadamente a la cordillera agreste de donde procedía. A las afueras de la ciudad, una partida de rurales les ordenaron detenerse, pero los fugitivos hicieron círculos deslumbrantes en el aire con sus machetes, espolearon a sus caballos y pasaron veloces sin problema entre el griterío de la línea de policías.

Aun en esa alocada cabalgata, que fue su ingreso al grupo de los guerreros, y sabiendo que las tropas del dictador le vendrían pisando los talones, Díaz se detuvo en el pueblo de Ejutla, explicó que el caballo de su acompañante era robado, lo entregó y consiguió otro.

Poco después, Aragón y él se unieron en las montañas a la banda de indígenas revolucionarios enzarapados y descalzos. Eran campesinos sin entrenamiento, armados a medias y comandados por un indígena sin instrucción de apellido Herrera, pero Díaz acababa de pasar por una experiencia que hacía parecer héroes refulgentes a la desaliñada pandilla de campesinos de las montañas, comparados con los cobardes eruditos que se habían postrado a los pies de los oficiales de Santa Anna en Oaxaca y habían negado la causa de la libertad mexicana y el gobierno constitucional por mantener una vida segura y fácil.

Díaz no sólo era un atleta poderoso y un buen jinete, sino que los largos paseos a caballo y caminatas entre las colinas y valles circundantes, las muchas cacerías y otras aventuras al aire libre, le habían dado un estilo que, aunado al dominio de los términos militares aprendidos en una clase de estrategia y táctica organizada por Juárez en el Instituto, causó una gran impresión en los indígenas y pronto Herrera, al que conquistó la dignidad del joven jinete y su obvio instinto de liderazgo, acordó compartir el mando con él. La fuerza constaba de unos 200 hombres, montañeses ignorantes, la mayoría armados con machetes e implementos agrícolas.

Con estos modestos seguidores, Díaz se propuso oponer resistencia a los soldados entrenados y bien armados. Había un fuerte conjunto

de fuerzas del gobierno en los alrededores, bajo el mando del teniente coronel Canalizo, pero el enemigo al que estaba decidido a enfrentarse era una fuerza de ochenta a cien elementos de caballería y cincuenta de infantería, que habían enviado de Oaxaca para capturarlo. Díaz ordenó a sus hombres que se tumbaran en los cerros viendo al barranco de Teotongo; allá abajo había un manantial. Los perseguidores sin duda se detendrían allí para tomar agua. Por instrucciones de Díaz, los indígenas aflojaron un gran número de piedras arriba del manantial y ajustaron palancas, de modo que pudieran arrojarlas a una señal. Después de un rato, el pequeño ejército enviado a apresar a Díaz entró al valle y una parte se detuvo junto al agua. Al indicarlo, Díaz y sus hombres abrieron fuego y un momento después lanzaron una avalancha de piedras sobre los soldados y éstos, desconcertados, huyeron en una dirección, mientras que los indígenas emocionados de inmediato huyeron con otro rumbo. Ésa fue la primera batalla del máximo soldado de México.

Al poco tiempo, la reducida fuerza indígena se dispersó y Díaz siguió solo por las montañas con el bandido patriota Aragón, pasando por muchos pueblos hasta llegar a Coanana. Allí decidió detenerse en la casa de un amigo y despidió a Aragón. Es interesante saber que este terrible ladrón, cuya vida transformó el patriotismo, y que estuvo al lado de Díaz en su primer combate por la república en las montañas mixtecas, después actuó como líder de guerrilleros a favor de la república durante la guerra contra la intervención europea. Cuando a Díaz lo cercó Bazaine en Oaxaca, Aragón se puso a sus órdenes con 400 hombres y ganó una distinción por su valor. Después de la caída de Oaxaca, escapó y dirigió a los guerrilleros contra los franceses en la zona sur del estado. Una noche lo sorprendieron mientras jugaba a las cartas y, a pesar de presentar una defensa desesperada, un francés le partió el cráneo con un machete.